

blemente, eligió para la portada de sus *Memorias* una fotografía que lo representa como jinete gauchesco<sup>9</sup>.

## Llorando en *Maxim's*

La juventud evocada en *Años de mocedad* es fundamentalmente ciudadana e institucional (la universidad, la milicia) y se contrapone así a la libre niñez del campo. Urbana y sofisticada, la madurez personal coincide con la adopción de ciertos valores de ostentación suntuaria de los estancieros y si Bioy no se distingue por ello, tampoco es ajeno al nuevo clima moral de su condición, caracterizado ahora por el despilfarro y el disparate *snob*. Todo ello en el dorado marco del mutuo conocimiento entre personas de un mismo medio: «En el hotel [donde pasan unas vacaciones] había unos sesenta pasajeros que nos acogieron a nuestra llegada con marcadas muestras de simpatía. (...) A algunos conocíamos de antes, con otros no estábamos relacionados, pero todos eran personas conocidas o que, al menos, se sabía quiénes eran».

El relato no abandona casi nunca el tono intimista: todo sucede entre conocidos, incluso cuando se refieren hechos históricos, como los sucesos revolucionarios de 1905. Por su parte, las rebeliones de Bioy contra las instituciones educativas alcanzan su punto más alto durante su participación en una huelga estudiantil por la que se lo castiga con una suspensión anual. Logra convertir la sanción en una excusa para proseguir sus estudios en Europa y, con el fin de dar una cabal imagen de la seriedad de sus intenciones, elige estudiar en Leipzig aunque, por supuesto, en el viaje de ida no resiste una escala en la inevitable París, capital del humanismo y la diversión.

El clima que envuelve su estadía en Europa es el de la familiaridad con su cultura. Sólo en aparente oposición a ello hallamos la grave nostalgia del lugar familiar, que excita su permanente necesidad de encontrar similitudes con su propio país: «No sé si la causa era puramente subjetiva, por la obsesión de la patria ausente, sobre todo el campo, la estancia, que me persiguió siempre en este largo viaje de dos años...». La obsesión por la «patria» es otro tópico subterráneo de estos recuerdos y un tema de largo aliento en la literatura nacional. Todavía, en la *Antología Poética Argentina* que en 1941 compilaron Borges, Bioy Casares y su esposa Silvina Ocampo, el vago, impreciso tema de la patria puede entenderse como un hilo conductor de esta reunión de piezas múltiples, y una segura preocupación «heredada» por los antologistas. Pero el tono patriótico del viejo Bioy roza en ocasiones el ridículo orgullo ofendido. En una de las pocas puntadas

<sup>9</sup> Bioy Casares, Adolfo, «Mi padre», en: Martino, Daniel, A.B.C. de Adolfo Bioy Casares. Reflexiones y observaciones tomadas de su obra. Bs. As., Emecé, 1989, pág. 230. Sobre el carácter del gaucho confrontado con la petulancia del joven de ciudad, puede verse también el diálogo de AdM, págs. 65-66.

políticas de sus libros, comentando declaraciones del entonces presidente Frondizi (a quien parece detestar por sus acuerdos con Perón) Bioy estalla de indignación contra quien «proclama ante los Estados Unidos de América, la inferioridad de nuestro país, y tendiendo una mano de pordiosero habla, con hábil retórica al decir de sus partidarios vergonzantes, de nuestra falta de desarrollo social e institucional». Al final de su vida, y ya convertido en un mero conservador, no puede soportar la simple admisión de que del riquísimo país de su juventud no perdura más que su rabiosa réplica. Esta nostalgia por la patria perdida se hace más comprensible si indagamos los tonos desopilantes que alcanzó en su inocente expresión juvenil, cuando la patria estaba simplemente lejana. En el episodio que protagoniza Carlitos Costa, insuperablemente narrado en *Años de Mocedad*, se mezclan en proporciones similares el snobismo de los nuevos ricos argentinos, su gran bohemia parisina y la (dudosa) autenticidad del patriotismo estereotipado del estanciero. Costa, un igual del autor y un millonario argentino característico en el París de los primeros años del siglo, es definido por «Su fisonomía criolla, la extremada elegancia en el vestir, su inteligencia, agudizada por su gran viveza, que disimulaba cabalmente su olímpica ignorancia, su educación de hombre de buena casa, que está bien en todas partes, sin forzar ninguna puerta», etc. Rápidamente gana reputación en el París nocturno, enamora a «una rubia pelirroja» y se hace asiduo de un restaurante exquisito. «La entrada de Carlos Costa en 'Maxim's' era siempre sensacional; algunas veces la orquesta suspendía sus sonos, para darle el ¡hurra! de bienvenida». Más extravagante aún es lo que sucedía en el mismo lugar, según sigue relatando Bioy en el capítulo XLVIII: «Mi presencia, me lo dijo una vez, le despertaba la nostalgia de la tierra. —Vení, hermano —me llamaba—, sentémonos aquí, en la punta de la mesa, alejados de los otros, vamos a tomar una botella de *champagne*, los dos solos y te voy a contar algunos cuentos, de ésos que te gustan tanto, del Bragado y de La Plata». Una huella atenuada de estos rituales patriótico-gastronómicos puede detectarse en un episodio de las *Memorias* de Bioy Casares, cuando éste busca afanosamente un criollísimo *bife* de carne en la sombría escasez del Londres de la segunda posguerra, entre los delirios de anemia de un grupo de argentinos embarcados en un *tour* literario.

Estas anécdotas no ocultan una deliberada dosis de autoironía que imprime a todo el relato autobiográfico de Bioy Casares su encanto distanciado, y un clima humorístico que raya con lo absurdo y se basa en la oportuna subestimación propia de quien no vacila en exponerse al ridículo para beneficio de la narración. El sentido de la sátira y la habilidad para conducir el *tempo* de la historia constituyen otras de las dotes que su hijo escritor «heredaría», si es que estas características se heredan. No parece que en

la elección de la profesión de abogado de Adolfo Bioy hubiese mucho de convicción vocacional, sino más bien de adaptación a las circunstancias («¿Por qué opté entonces por la Facultad de Derecho? No sé, tal vez porque Enrique [su hermano] me la señaló»). En su inclinación literaria frustrada se forja un capital cultural que dejaría como legado y que se revela como *última ratio* del curioso impulso hacia la escritura de sus memorias personales. «A través suyo he recibido mi gusto por la poesía», escribió Bioy Casares de su padre, y podemos comprender que éste se encuentra secretamente presente en su trayectoria literaria, financiando las primeras ediciones de sus libros, corrigiendo sus textos tempranos, asumiendo una posición siempre cómplice respecto de la carrera de su hijo.

Ninguno de los Bioy produce literatura psicológica ni ensaya un examen de conciencia introspectivo a la manera de la autobiografía pietista: no tienen nada que reprocharse. Ambos sorprenden por la afinidad de sus relatos, que siguen de cerca los hechos y maravillan por su intenso apego a la vida y por las imágenes del gran mundo en las que la grisalla vital del individuo actual podría encontrar una proyección placentera. La secuencia de recuerdos de los Bioy combina, con idéntica fluidez narrativa, la lírica utopía retrospectiva de la infancia del padre en un medio tradicional y la saga privada de las incesantes conquistas amorosas del hijo. Pero asimismo enmarca el proceso de apogeo y la decadencia de un dominio tradicional, como así también el de un tipo de configuración histórico-personal irrepetible.

El mundo de los estancieros representa apenas un recuerdo en la Argentina; no es que hayan desaparecido, pero sus miembros ya no muestran ni el incalculable poder económico ni la firme hegemonía política de otros tiempos. Simplemente duran, añorando, quizá sin la sutileza que los caracterizó antaño, las fiestas disparatadamente ricas que, según Mujica Láinez, ofrecían señoras disparatadamente viejas. Este carácter de vestigio histórico y de complicidad entre personificaciones sociales ya inhallables lo reconoce Bioy Casares con un tono melancólico en el que, desde luego, no está ausente la característica coda compensatoria que ofrece la ironía: «Cuando mi padre murió, el 26 de agosto de 1962, sentí que tantas cosas que podían hacerme gracia ya no iba a poder comentarlas con nadie. Soy el último Bioy. No me queda sino aburrirme...»<sup>10</sup>.

<sup>10</sup> Bioy Casares, A., «Mi padre», cit., pág. 232.

\* El autor desea agradecer a Sylvia Saitta, Roberto Amigo y Eduardo Sagüer sus estimulantes comentarios.

**José Fernández Vega\***



# Revista de Occidente

Revista mensual fundada en 1923 por  
José Ortega y Gasset

**leer, pensar, saber**

j. t. fraser • maría zambrano • umberto eco • james  
buchanan • jean-françois lyotard • george steiner • julio  
çaro baroja • raymond carr • norbert elias • julio cortázar  
• gianni vattimo • j. l. lópez aranguren • georg simmel •  
georges duby • javier muguerza • naguib mahfuz • susan  
sontag • mijail bajtin • ángel gonzález • jürgen habermas  
• a. j. greimas • juan benet • richard rorty • paul ricoeur  
• mario bunge • pierre bourdieu • isaiah berlin • michel  
maffesoli • claude lévi-strauss • octavio paz • jean  
baudrillard • iris murdoch • rafael alberti • jacques  
derrida • ramón carande • robert darnton • rosa chacel

Edita: Fundación José Ortega y Gasset  
Fortuny, 53. 28010 Madrid. Tel. 410 44 12

Distribuye: Comercial Atheneum  
Rufino González, 26. 28037 Madrid. Tel. 754 20 62